

15-5-84

La vida reventó

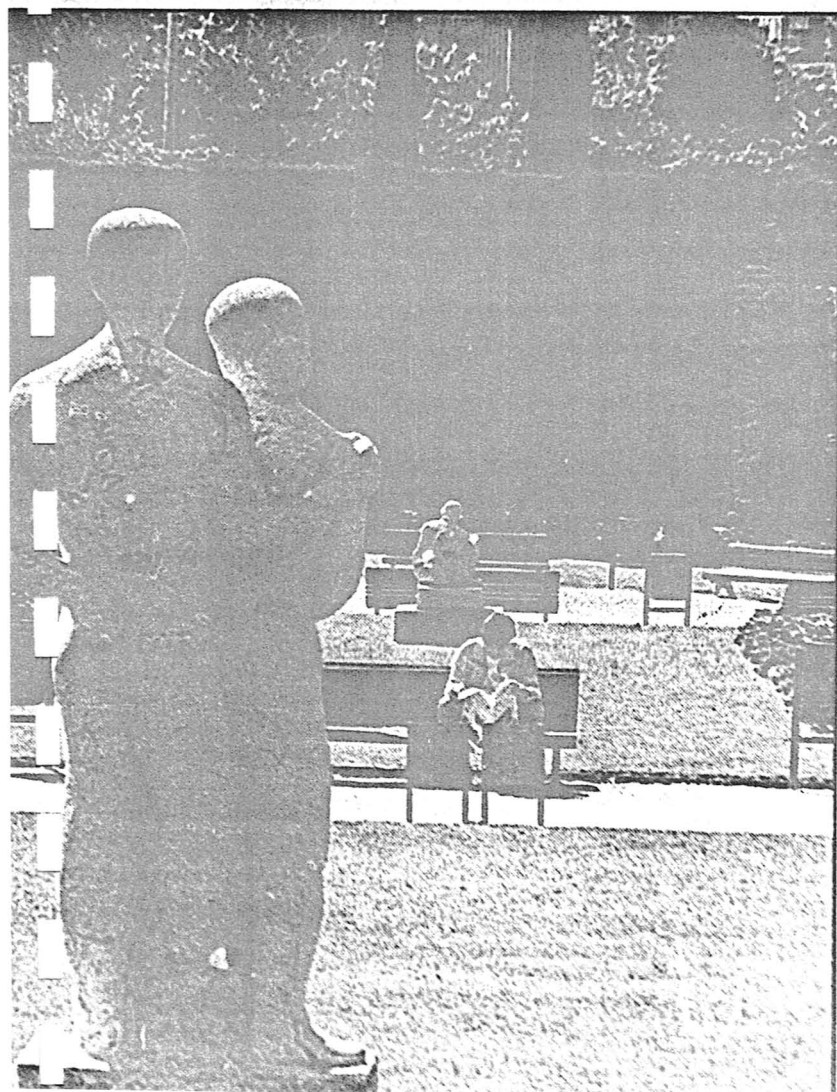
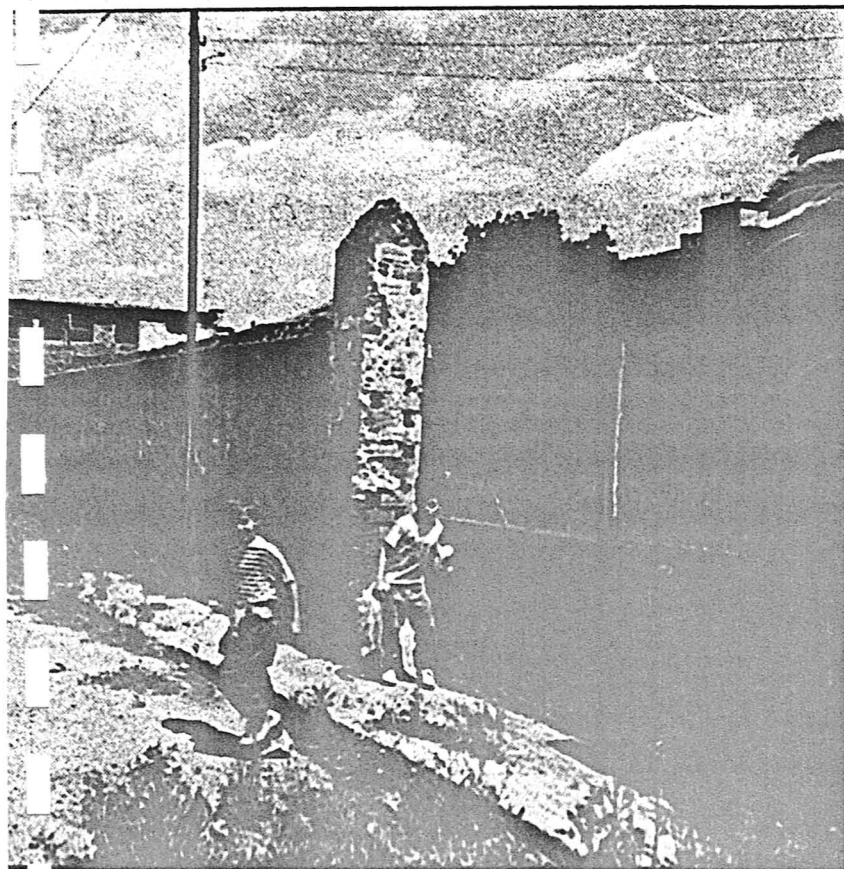
ARCADI ESPADA

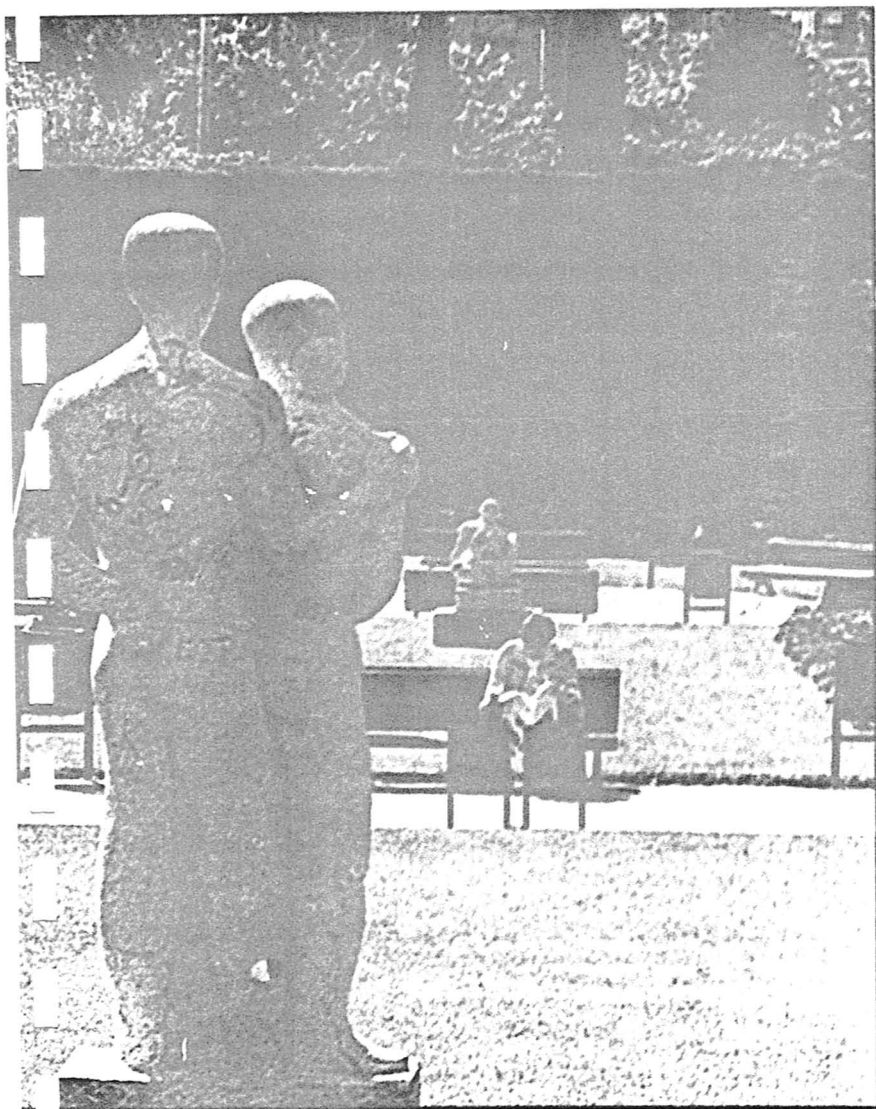
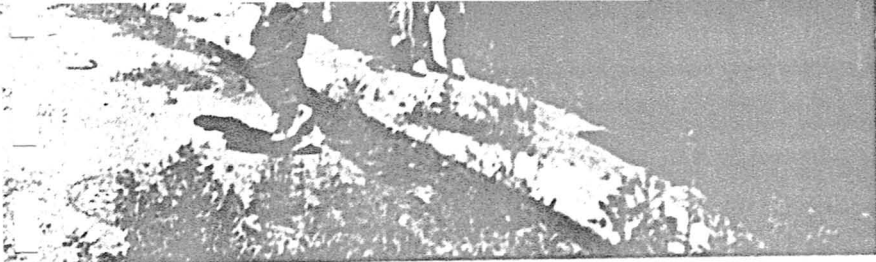
El bar Nuevo no cierra nunca. Nunca quiere decir nunca. Ni *after hours* ni leches. Nunca. Entre, tome algo y vaya luego hasta la puerta, con el vaso entre las manos, que verá la pluma de los chopos agitándose en el aire y verá también las primeras, robustas moscas propias del tiempo primaveral y esbelto. El bar Nuevo está en la calle Mayor del barrio de Can Pi, adonde yo he venido esta tarde de cielo muy bajo porque hay que dar cuenta de cómo el espacio urbano diseña físicamente la sentencia gramsciana "ahora, cuando lo viejo todavía no ha muerto y lo nuevo está todavía por nacer", ese instante frío y sutilismo, donde ya no pueden vivir los hombres, cuyo desenlace espera la Historia con vocación de cuervo agazapado y que es material sensible para poetas. Yo no soy un poeta: eso necesita su tiempo. Desde el bar Nuevo, entonces, emparentado con un vaso de vino amargo, escupo sobre estas ruinas: ladrillos quemados, matojos obscenamente prendidos a lo que fueron mosaicos, habitaciones abiertas, desventradas, donde se fue feliz y se sufrió íntimamente. No me hacen gracia estas ruinas, es absolutamente indigno que una ciudad las mantenga: son un potrero de tortura donde la urbanidad se quiebra. Bien está: que venga cualquier Wenders patrio, las filme, componga su *trip* alucinatorio; venga luego el crítico que metafóricamente sobre los zurcidos de la metrópolis; hagan acopio de esa mugre los sensibles, se haga rápido, se haga bien, y entren luego las excavadoras para acabar ya con todo eso.

Un barrio de basureros

Can Pi: setenta hectáreas en terreno municipal de L'Hospitalet junto a la entrada sureña de la Gran Vía barcelonesa, vergonzantemente ocultas de la visión ciudadana por una gasa de césped y un triunfante cartel, ya descolorido, que anuncia la próxima urbanización industrial del polígono Pedrosa. Can Pi: barrio de basureros, creado a principios de siglo sobre terrenos de la familia Carbonell —no valían un chavo y hoy son el suelo industrial más apreciado de la Gran Barcelona—, ahora reducto de una cincuentena de familias, a las que todavía no han pagado lo justo para desalojarlas y dar paso a la urbanización del gran polígono del 2000 que se espera. Can Pi: hace tres décadas hozaban aquí más de veinte mil cerdos. Los cerdos se ocupaban de la penúltima etapa del reciclaje de las basuras: se la comían. Los hombres vivían de la selección de las basuras y de los cerdos, y todo eso permitía andar con limpieza. La peste porcina acabó con los cerdos, y las máquinas con el reciclaje manual. Todo fue de baja y la vida reventó: se fueron la farmacia, el horno y la escuela, y de las tiendas sólo queda hoy el insólito jardín del señor Pere, rosas y claveles de moro y una mata de lirios.

Chupo el vino, más que lo bebo: un asunto sólido. En francés, dos camione-





MAHCEI EL SAENZ

Aspecto del barrio de Can Pi (arriba) y otro del parque de Can Boixeres.

que había gente sola y con ganas de hablar: estudiantes, insomnes, aburridos valedesesperados incluso... Tenía razón, que al programa llama todo tipo de gente, todo tipo de necesidades y problemas. La medida que avanza la noche, la cosa se idealiza. A partir de las tres o las cuatro a madrugada ya te puedes esperar cualquier cosa. Entre las cinco y las seis pueden ocurrirse genuinos dementes con los movimientos más peregrinos. Yo soy contento con dar conversación durante seis horas a todo tipo de almas atriditas. José Miguel Cruz se empeña en hacerlo personalmente a sus oyentes. A efecto, organiza unos encuentros de periodicidad irregular que tienen bastante éxito entre su audiencia: como en el programa, lanzo un programa a los que quieren hablar de él que se

reúnan conmigo. Les cito a una hora determinada en una parada de metro y luego me los llevo a donde sea. La gente viene para conocer a otra gente, para relacionarse, para hacer nuevos amigos, para echarse novia... El número de asistentes es variable. A la primera reunión vinieron seis personas, pero a la última que monté se presentaron 1.200. Lo cual me causó algunos problemas con la Guardia Urbana: 1.200 personas en la entrada de una boca de metro constituyen, realmente, una aglomeración impresionante... Anoche, José Miguel Cruz se llevó a su parroquia a la discoteca Lennon's y todos lo pasaron muy bien. Los interesados en acudir a la próxima reunión ya saben lo que tienen que hacer: escuchar *Sabanas con chinchetas*, número uno de audiencia en L'Hospitalet.

Yo no soy un poeta: eso necesita su tiempo. Desde el bar Nuevo, entonces, emparentado con un vaso de vino amargo, escupo sobre estas ruinas: ladrillos quemados, matojos obscenamente prendidos a lo que fueron mosaicos, habitaciones abiertas, desventradas, donde se fue feliz y se sufrió íntimamente. No me hacen gracia estas ruinas, es absolutamente indigno que una ciudad las mantenga: son un potrero de tortura donde la urbanidad se quebra. Bien está: que venga cualquier Wenders patrio, las filme, componga su *trip* alucinatorio; venga luego el crítico que metaforice sobre los zurcidos de la metrópolis; hagan acopio de esa mugre los sensibles, se haga rápido, se haga bien, y entren luego las excavadoras para acabar ya con todo eso.

Un barrio de basureros

Can Pi: setenta hectáreas en terreno municipal de L'Hospitalet junto a la entrada sureña de la Gran Via barcelonesa, vergonzantemente ocultas de la visión ciudadana por una gasa de césped y un triunfante cartel, ya descolorido, que anuncia la próxima urbanización industrial del polígono Pedrosa. Can Pi: barrio de basureros, creado a principios de siglo sobre terrenos de la familia Carbonell —no valían un chavo y hoy son el suelo industrial más apreciado de la Gran Barcelona—, ahora reducto de una cincuentena de familias, a las que todavía no han pagado lo justo para desalojarlas y dar paso a la urbanización del gran polígono del 2000 que se espera. Can Pi: hace tres décadas hozaban aquí más de veinte mil cerdos. Los cerdos se ocupaban de la penúltima etapa del reciclaje de las basuras: se la comían. Los hombres vivían de la selección de las basuras y de los cerdos, y todo eso permitía andar con limpieza. La peste porcina acabó con los cerdos, y las máquinas con el reciclaje manual. Todo fue de baja y la vida reventó: se fueron la farmacia, el horno y la escuela, y de las tiendas sólo queda hoy el insólito jardín del señor Pere, rosas y claveles de moro y una mata de lirios.

Chupo el vino, más que lo bebo: un asunto sólido. En francés, dos camioneros piden queso y salchichas. Aquí enfrente aparcen sus grandes moles: hoy la comida llega tarde. Podría, debería salir de aquí: adentrarme por los pasajes —así llaman a lo que fueron calles— y ver la espalda de un hombre alejándose. Pero me quedará otro rato todavía en la puerta del bar Nuevo, que no cierra nunca, entre chopos y moscas. Aquí me quedará con el perro muy viejo y el hombre de Burgo de Osma —ya hace tantos días— que tiene el carro en la puerta y poca traza de que la tarde depare negocio de chatarra fértil. Aquí, viendo cómo erece el tiempo —el tiempo no erece como la hierba, hace ruido, hace daño, es un asunto desagradable—, cuadrando la estrategia: un poquito de Gramsci, cierto descredito de la poesía, la memoria de algún gesto y una relativa aspiración de escribir prosa inexorable.

Can Pi da asco: un ciudadano no puede ser nunca un superviviente.